

JENNIFER RYAN

Las chicas del coro

Traducción:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

Título original: *The Chilbury Ladies' Choir*

© Jennifer Ryan, 2017

© de la traducción: Álvaro Abella, 2018

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que **MAEVA** continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-16690-58-9

Depósito legal: M-271-2018

Diseño e imagen de cubierta: Elsa Suárez sobre imagen de Shutterstock

Preimpresión: MT Color & Diseño, S.L.

Impresión y encuadernación: **CPI**
BLACK PRINT

Impreso en España / Printed in Spain

*A mi abuela, Mrs. Eileen Beckley,
y a las mujeres del frente interno*

Aviso colgado en el tablón de anuncios
del salón social de Chilbury
Domingo 24 de marzo de 1940

Dado que todas nuestras voces masculinas se han
ido a la guerra, el coro del pueblo será
clausurado tras el funeral del comandante Edmund
Winthrop el próximo martes.

El vicario

Diario de la señora Tilling

Martes 26 de marzo de 1940

El primer funeral de la guerra y no había forma de que nuestro pequeño coro de pueblo cantase sin desafinar. El *Santo, santo, santo* nos salía renqueante, como si fuéramos un estruendoso grupo de gorriones trinando. Pero no se debía a la guerra, ni a que ese joven sinvergüenza de Edmund Winthrop hubiera muerto reventado por un torpedo en su submarino, ni siquiera a la pésima dirección del vicario. No, se debía a que esta era la última actuación del Coro de Chilbury. Era nuestro canto de cisne.

—No veo por qué tenemos que cerrar —protestó la señora B más tarde, cuando nos congregamos en el nebuloso cementerio—. ¡Ni que supusiéramos una amenaza para la seguridad nacional!

—Todos los hombres se han ido —respondí en un susurro, consciente de que nuestras voces llegaban e incomodaban a los asistentes al funeral—. El vicario dice que no podemos tener un coro sin hombres.

—¿Solo porque los hombres se hayan ido a la guerra tenemos que cerrar el coro? ¡Precisamente cuando más lo necesitamos! A ver, ¿qué será lo próximo que disuelva? ¿Sus queridos campaneros? ¿La misa de los domingos? ¿La Navidad? ¡Espero que no! —Se cruzó de brazos, ofuscada—. Primero se llevan a nuestros hombres a luchar, luego nos obligan a trabajar a las mujeres, después racionan la comida y ahora nos cierran el coro. Cuando los nazis vengan no quedará más que un puñado de mujeres tristes dispuestas a rendirse.

—Pero estamos en guerra —dije, intentando aplacar sus sonoras quejas—. Las mujeres tenemos que asumir tareas extra, colaborar con la causa. A mí no me importa hacer labores de enfermera de hospital, aunque ya estoy bastante atareada atendiendo el consultorio del pueblo.

—El coro ha formado parte de Chilbury desde siempre. Hay algo estimulante en cantar juntos. —Sacó pecho, como un exuberante mariscal de campo con su voluminoso cuerpo robusto.

La comitiva fúnebre comenzó a dirigirse hacia Chilbury Manor para la copa de jerez y el sándwich de pepino de rigor.

—Edmund Winthrop... —suspiré—. Con apenas veinte años y reventado en el mar del Norte.

—Era un pendenciero despiadado, y tú lo sabes bien —gruñó la señora B—. ¿No te acuerdas de que intentó ahogar a tu David en el estanque del pueblo?

—Sí, pero eso fue hace años —susurré—. En cualquier caso, estaba claro que Edmund no iba a salir muy estable, con ese padre suyo zurrándole la badana todo el día. Estoy segura de que el brigadier Winthrop se arrepentirá de más de una cosa ahora que Edmund ha muerto.

O no, por lo que se ve, pensé mientras lo observábamos, golpeando su bastón contra su bota militar, con las venas del cuello y la frente amoratadas de rabia.

—Está furioso porque se ha quedado sin heredero —criticó la señora B—. Los Winthrop necesitan un varón para que herede o perderán la casa de la familia. Sus hijas les importan un comino... —Miramos a la joven Kitty y a la hermosa Venetia—. El estatus lo significa todo para el brigadier. Al menos la señora Winthrop vuelve a estar embarazada. Esperemos que esta vez toque un niño.

La señora Winthrop se encontraba encorvada, como un gorrión aplastado por el peso de la pérdida de Edmund. *La siguiente podría ser yo, pensé, y me vino a la cabeza mi David, tan adulto con su uniforme nuevo del ejército. Tiene las espaldas más anchas desde la instrucción, pero su sonrisa y su dulzura siguen siendo las mismas. Yo sabía que se alistaría al*

cumplir los dieciocho, pero ¿por qué ha sido todo tan rápido? El mes que viene lo mandarán a Francia, y no puedo evitar preocuparme al pensar en cómo voy a seguir viviendo si le pasara algo. Es todo lo que tengo desde que Harold nos dejó. Edmund y David jugaban juntos de pequeños, a soldados o a piratas, a cualquier clase de batalla que Edmund estaba seguro de ganar. Solo puedo rezar para que la participación de David en la contienda no termine del mismo modo.

La guerra se ha desarrollado de una forma tensamente tranquila hasta ahora, con Hitler ocupado en adueñarse del resto de Europa. Pero sé que vendrán, y pronto estaremos rodeados de muerte. Será como la última guerra, que se llevó por delante a toda una generación de hombres, incluido mi padre. Recuerdo el día en que llegó el telegrama. Nos disponíamos a sentarnos para merendar, el sol entraba en el comedor mientras en el gramófono sonaba Vivaldi. Escuché cómo se abría la puerta de casa, y luego el golpe del cuerpo de mi madre desplomándose en el suelo mientras la luz del sol se colaba en el interior, de improviso.

Ahora nuestras vidas van a verse de nuevo alteradas: más muertes, más trabajo, más apañarnos con lo justo. Y, además, nos quedamos sin nuestro querido coro. He pensado en escribir una protesta al vicario. Pero, como de costumbre, seguramente no lo haga. Nunca he sido de armar jaleo. Mi madre me decía que las mujeres hacían mejor en sonreír y obedecer. Pero a veces me siento tan frustrada por todo. Me entran ganas de soltarlo a gritos.

Supongo que por eso empecé a escribir un diario, para poder expresar las cosas que no me atrevo a decir en voz alta. En un programa de radio escuché que un diario te puede ayudar a sentirte mejor cuando tus seres queridos están lejos, así que ayer salí y me compré uno. Estoy segura de que pronto estará lleno, sobre todo cuando David se marche y me quede sola, con mis pensamientos asolando mi cabeza y sin poder soltarlos. Siempre he soñado con ser escritora, y supongo que esto es lo más parecido a lo que voy a llegar.

Cogida del brazo de David y siguiendo a la comitiva rumbo a Chilbury Manor, volví la vista hacia la vieja y decrepita iglesia.

—Voy a echar de menos el coro.

A lo que la señora B replicó con rotundidad:

—Pues no te he visto pedir al vicario que cambiara de opinión.

—Pero señora B —dijo David con una sonrisita—, siempre le dejamos a usted los follones. Se le dan bien.

Tuve que ocultar mi sonrisa con una mano, aguardando la ira de la señora B, pero en ese momento el vicario nos adelantó, trotando a toda velocidad tras el brigadier, que avanzaba a grandes zancadas hacia la mansión.

La señora B lo miró, alzó su paraguas con seria determinación y salió con paso firme tras él, llamándolo:

—¡Vicario! Tengo una cosita que comentarle.

Era su típico e inconfundible grito de guerra.

El vicario se volvió y, al verla acelerar el paso, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Carta de la señorita Edwina Paltry a su hermana Clara

*3 Church Row,
Chilbury,
Kent*

Martes 26 de marzo de 1940

¡**A**gárrate, Clara, porque vamos a ser ricas! ¡Me han ofrecido el negocio más rastrero que te puedas imaginar! Ya sabía yo que esta maldita guerra tendría sus tesoros. ¡Quién iba a pensar que este oficio de la partería resultaría tan lucrativo! Pero lo que jamás hubiera imaginado es que una joyita de negocio tan sórdido me llegaría del estirado brigadier Winthrop, ese déspota de clase alta que se cree el dueño de este pueblecito puritano. Sé que me vas a decir que es inmoral, incluso para mí, pero necesito escapar de esta existencia rebajada de matrona enjaulada. Necesito volver a la vieja casa, donde poder llevar mi propia vida y ser libre.

¿No lo entiendes, Clara? Pronto podré devolver el dinero que debo, como prometí, y por fin verás lo lista que soy y cómo puedo enmendar los errores del pasado. Podremos dejar todo atrás, y no volver a hablar de lo que sucedió con Bill (aunque siempre digo que te salvé de él). Después compraré la casa de nuestra infancia en Birnham Wood, rodeada de campo y acantilados junto al mar, y viviremos tranquilas y felices igual que antes de que muriera mamá. Me olvidaré de los partos, de los bebés y de las repulsivas erupciones en las partes íntimas; de la gente dándome órdenes y riéndose de mí a mis espaldas. Volveré a ser dueña de mi existencia, sin nadie que me vigile.

Pero deja que te cuente el negocio desde el principio, pues ya sé cómo eres con los detalles. Fue en el funeral de Edmund

Winthrop, el despreciable hijo del brigadier, que murió hecho papilla en un submarino la semana pasada. Solo tenía veinte años. Era un reptil asqueroso y se convirtió en comida para peces.

La mañana del funeral era gélida y lluviosa, como un tor-tazo en la cara con un bacalao recién pescado. Parecía que éramos nosotros los que estábamos en el mar del Norte, por el viento salvaje y las nubes siniestras, mientras un halcón monstruoso volaba en círculos sobre nuestras cabezas, en busca de una víctima. «Muy apropiado», escuché que alguien murmuraba mientras avanzábamos por el cementerio embarrado, apurados bajo los paraguas, hacia la sombría y húmeda iglesia.

En el templo, lleno hasta los topes, retumbaba el eco de los murmullos de los chismosos asistentes. En primera fila se sentaban los Winthrop y sus amigos aristócratas, emperifollados y acicalados como una recua de cisnes negros. Como de costumbre, se veía una mancha de uniformes verde oliva y gris azulado, hombres uniformados que se creen especiales cuando en realidad no son más que unos estúpidos. Necios con uniforme, como les llamo yo.

El resto de lugareños (en estos tiempos, básicamente mujeres con chaquetones de lana) nos teníamos que apiñar tras ellos para oír esa porquería de coro, cuatro voces desafinadas que destrozaban el *Santo, santo, santo*. Las señoras finas del pueblo están enfadadas porque van a cerrar el coro, pero después de una actuación como esa prefiero escuchar un coro de gatos.

La madre del soldado fallecido se pasó toda la deprimente misa sollozando y temblando bajo su traje negro. Está embarazada otra vez, un poco tarde, aunque tenga treinta y muchos. Dicen que el malvado de su padre la obligó a casarse con el brigadier con apenas dieciséis años, y desde entonces vive aterrorizada por él.

Sin embargo, era la única que lloraba. Los demás no éramos tan ciegos al comportamiento brutal y arrogante de Edmund, calcado al de su padre. Estoy segura de que incluso había

algunos presentes que veían en su temprana muerte un justo castigo.

Procurando, con cierta dificultad, aparentar tristeza, sus dos hermanas, ahora de dieciocho y trece años, se sentaban obedientes junto a su afligida madre. A la mayor, Venetia, de pelo dorado y ademanes coquetos, se la veía más interesada en lanzar miraditas y guiños a ese nuevo artista tan guapo que estaba en el funeral. La pequeña Kitty, desgarrada como un cervatillo, miraba a su alrededor como si hubiera visto un fantasma, su rostro puntiagudo parecía el de un duendecillo bajo el brillo azul púrpura de la vidriera que dominaba el altar. A su lado, la jovencita refugiada extranjera permanecía impasible, como si ya hubiera visto antes la muerte y muchas cosas más.

El brigadier resplandecía como un buitre autoritario, elevándose por encima de los demás ocupantes de la iglesia con sus lustrosas medallas y su prestigio de clase alta. Golpeaba rítmicamente su fusta de punta de plata contra su bota. Su carácter violento es bien conocido, y nadie iba a importunarlo hoy. Y es que no solo ha perdido a su único hijo varón, sino también la fortuna familiar. La propiedad de Chilbury Manor tenía que ser para un heredero varón, y la muerte de Edmund ha sumido a la familia en la agitación. El brigadier sería considerado un pardillo si permitiera que la herencia de su familia se esfumase ante sus ojos. Pero conozco a este tipo de personas. No se quedará de brazos cruzados.

Después de la agotadora misa, cogimos nuestras cajas con las máscaras de gas y avanzamos apesadumbrados entre ráfagas horizontales de lluvia helada que cortaban como cuchillos hasta Chilbury Manor, una monstruosidad de mansión georgiana erigida sin medida por algún antepasado pretencioso de los Winthrop.

Subí entre resoplidos las escaleras que llevaban a la enorme puerta de entrada, soñando con una copa de lo que fuera y un sofá grande y cómodo, pero la mansión estaba llena de dolientes que olían a humedad y paraguas mojados. Había tanto barullo como en King's Cross, pues en el vestíbulo porticado

de mármol resonaba el eco de los tacones de las mujeres y la ruidosa cháchara. Los Winthrop son una familia de abolengo y rica, y los lugareños son unas sanguijuelas descaradas, todos dejándose ver por si lograban posar sus sucias manos en los despojos.

¿Y qué pintaba yo allí? Como estoy sacando tajada, tengo que estar al corriente de todo lo que sucede en esa casa. No sé si sabrás que el brigadier ya me había pagado antes para que mantuviera la boca cerrada acerca de sus aventuras amorosas, incluido aquel embarazo no deseado del año pasado, y sobre la gonorrea que el repugnante de su hijo estaba propagando por medio pueblo. Esta guerra supone una oportunidad para mí. Cualquiera matrona que se precie tiene que comprender las posibilidades que conlleva una situación como esta, sobre todo con estos terratenientes degenerados que se las dan de respetables. Son presa fácil para la extorsión. Veinte por aquí, cuarenta por allá... Todo suma.

Al entrar, mis ojos se fijaron en una criada bastante mona que estaba de pie en las escaleras para evitar el gentío, sosteniendo en equilibrio una bandeja con copas de jerez. Era una muchacha de cuello largo y elegante pero de lengua amarga como el requesón. Acudió a mí con una gonorrea que le había pegado el año pasado el comandante Edmund, como a la mitad de este maldito pueblo. Me contó que le había prometido casarse con ella, que le procuraría dinero, libertad, amor; y luego desapareció con la Marina en cuanto estalló la guerra. Me dio lástima, así que le conté lo de las otras mujeres —la anterior criada, la mujer del jardinero, la hija del vicario—, todas con la misma enfermedad. Yo las había tratado a todas, y también a Edmund, esa bestia asquerosa. La criada se llamaba Elsie. Creo que la importunó un poco que le contara los secretos de los demás, sin duda preocupada por el suyo, pero le dije que lo hacía porque ella y yo éramos amigas.

Le ofrecí una sonrisa cómplice y cogí una copa de jerez de su bandeja. Nunca se sabe cuándo esta gente puede resultar de utilidad.

A continuación me uní a la cola de las condolencias tras la plomiza señora Tilling, enfermera, miembro del coro y una farisea deplorable.

—Siempre será recordado como un héroe —decía con inmensa emoción.

Es tan bienintencionada que me entran ganas de meter su cara alargada en un barril de cerveza para que espabile.

—No deberían pasar cosas así —terció la señora B, otra integrante del coro, toda estirada con la clásica vehemencia de la clase alta, insufrible a la vez que insoportable. Su nombre completo es señora Brampton-Boyd, y la exaspera que todo el mundo la llame señora B.

Al acercarme al final de la cola, la señora Tilling hizo un mohín de disgusto. Nunca le he caído bien. He pisado su territorio de enfermera, acercándome demasiado a su comunidad rural. También puede que haya oído hablar de algunas de mis prácticas menos ortodoxas. O de los sobornos.

—¡Es tan trágico! —dije con mi mejor voz—. Se ha ido tan joven.

Plantando una sonrisa de labios cerrados en mi rostro, me aparté a un lado rápidamente, me quedé sola, mientras la gente me lanzaba miradas de vez en cuando, preguntándose qué hacía yo allí.

Justo cuando estaba pensando en abrir algunas puertas y husmear un poco, un mayordomo con pinta de trasgo jorobado me condujo a la sala de estar, donde supuse que participaría en algún acto funerario reservado a la clase alta, pero me encontré a solas en aquella enorme estancia silenciosa.

El sonido lejano de alguien aporreando la sonata del *Claro de luna* en un piano resonaba inquietante en los techos decorados mientras yo pasaba los dedos sobre el brocado dorado del sofá. Luego así una escultura de bronce de un griego desnudo que pesaba como un arma letal. La opulencia de la sala era deslumbrante, con sus cortinas de seda azul hasta el suelo, sus majestuosos retratos de repulsivos antepasados, sus estatuas de porcelana, su antigüedad, su pretenciosidad.

No podía evitar pensar que si yo poseyera esa cantidad de pasta haría algo mucho mejor, alegraría un poco la casa. Olía como la muerte, tan a viejo como los difuntos de las paredes, tan a rancio como los ojos del ciervo decapitado que me observaba desde la pared de paneles de roble, cogiendo polvo y ceniza. Me recordó a la última guerra, la Gran Guerra, en la que todo el dinero del mundo no servía para escapar de la muerte. Nos igualaba a todos. Es curioso lo rápido que regresaron las cosas a la normalidad. Los ricos al mando, nosotros debajo, peleando por sobrevivir.

Saqué mi paquete de cigarrillos y encendí uno. El humo sinuoso fue serpenteando hacia las cortinas, adueñándose del lugar.

Me llegó una voz ronca por la espalda:

—¿Podemos hablar?

Una mano me agarró del codo, y casi sin darme cuenta me arrastraron hacia una puerta al fondo de la sala. Me giré y vi al brigadier, con las venas púrpura lívidas en sus sienes. La noche pasada debió de estar en el Scotch hasta tarde. Me condujo a empujones al interior de un despacho rebosante de masculinidad, con muchas sillas de cuero y pilas de papeles y documentos. El olor a puro se mezclaba de un modo desagradable con su aliento fétido como de perro muerto.

Cuando cerró la puerta con llave, comprendí que aquello significaba dinero.

—Siento mucho su pérdida —dije, observando el entorno, intentando disimular cualquier turbación. El brigadier es un pez gordo, su presencia impone, es entrometido, grosero y antipático, pero poderoso y despiadado. Es de los de antes, de esos que piensan que la clase alta todavía tiene derecho a ir avasallando. De los que creen que pueden ir dándonos órdenes y actuar como si el país fuera suyo.

—Sabía que vendrías —masculló irritado, trastabillándose por la bebida—. Por eso le pedí a Progett que te condujera a la sala de estar. Tengo un encargo para ti. Y no tenemos mucho tiempo.

Se sentó en su enorme escritorio, muy profesional, dejándome de pie frente a la mesa, cual sirviente esperando órdenes. Pensé en acercar una silla, pero imaginé que tal acto de rebeldía me haría perder algo de pasta, así que me conformé con posar mi bolso negro en el suelo y esperar.

—Antes de empezar, debo asegurarme de que cuento con tu absoluta discreción —dijo, entrecerrando los ojos como si esto fuera un tratado oficial de guerra, aunque estaba completamente segura de que no iba a ser nada por el estilo.

—Por supuesto que la tiene. Siempre la ha tenido —mentí, fulminándolo con la mirada por haberse atrevido a dudar de mi integridad. No me asustaba con sus maneras militares de clase alta—. Soy una profesional, brigadier, si es a eso a lo que se refiere. Nunca me sorprende lo que se me pide. Y siempre mantengo la boca cerrada.

—Necesito que hagas un trabajito —dijo con brusquedad—. Me han dicho que estás dispuesta a ir más allá de los servicios habituales.

—Eso depende de cuál sea el servicio en cuestión —dije— y de cuánto se me pague.

Observé un brillo en uno de sus ojos, y se acomodó en el asiento. Le estaba hablando en el lenguaje que él quería oír, más interesada en el dinero que en la naturaleza del acto.

—Un montón de dinero podría ser tuyo.

—¿Qué es exactamente lo que tiene en mente?

Para entonces ya suponía que iba a salir con algo gordo, algo que podría llenarme bien los bolsillos. Habría apostado a que otra aventura había acabado mal —quizá con alguna mujer notoria implicada, puede que alguna del pueblo—, así que me quedaría corta al decir que me dejó aturdida cuando me espetó:

—Nuestro bebé tiene que ser un varón.

Hubo un silencio mientras yo intentaba adivinar a qué se refería. Evaluó mi reacción, escrutándome con la mirada, debatiendo si yo tenía la valentía, falsedad y codicia requeridas.

—El nuestro no va a ser el único parto que haya en el pueblo esta primavera —continuó, actuando como si estuviera

dando complejas órdenes en el frente—. Y nuestro bebé tiene que ser un niño. Si hay algún modo de asegurar que esto sea así...

Caí en la cuenta. Era indignante. Quería que cambiara al suyo por un bebé varón del pueblo, en el caso de que fuera niña. Me humedecí los labios, manteniendo con gran dificultad la maldita gran sonrisa en mi cara. ¡Lo iba a desplumar por algo así! Pero no podía perder la calma. Iba a exprimirlo al máximo.

—Considero que sería un riesgo tremendo, amén de poner en un inmenso compromiso mi integridad —dejé caer.

Se inclinó sobre la mesa, abandonando su fachada por un momento, con los ojos saliéndose de las órbitas, inyectados en sangre y como globos.

—Pero ¿se puede hacer?

—Posiblemente —respondí, elusiva. Sabía que podía hacerlo. Tengo una potente pócima de hierbas que provoca el parto de inmediato, y el pueblo es pequeño, se puede llegar de una casa a otra en cuestión de minutos.

—Por supuesto, cualquiera que colabore para que esto suceda, será bien recompensado —dijo sin alterarse, jugando con su bigote entre los dedos como si se tratara de una cuestión del campo de batalla.

—¿Cómo de bien?

Hubo un alboroto al otro lado de la puerta que le hizo contenerse.

—Eso podemos discutirlo en otro momento y lugar.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Había una cristalera francesa que daba a una amalgama de prados y valles que descendían hasta el canal de la Mancha, gris y agitado como agua de fregar sucia.

—Nos veremos dentro de dos jueves en la cabaña del bosque de Peasepotter —dijo en voz baja.

—Allí estaré —susurré.

—Ahora, márchate —añadió. Luego, giró la cabeza y clavó los ojos en mí con una repulsión amenazante—. Y no menciones esto a nadie.

Feliz de poder escapar, me volví y eché a correr hacia la puerta. Forcejeé con la llave en la cerradura y luego cerré con suavidad al salir para después dirigirme hacia el concurrido vestíbulo. Apreté el paso esquivando a un lado y a otro a dolientes ataviados de negro, uniformados y vecinos entrometidos. Salí directamente por la puerta principal sin despedirme ni pedir permiso a nadie. Todavía había gente llegando por el amplio camino de acceso, así que tuve que contener mis saltos de alegría mientras trotaba exultante de regreso al pueblo.

Cuando llegué a mi triste casita, solté un grito bien merecido, alzando los brazos al aire y riendo de puro placer. Esto va a funcionar.

Te demostraré que puedes perdonarme por lo que pasó con Bill, y por haberme llevado el dinero cuando salimos corriendo. ¿Cómo iba yo a saber que luego él cogería la pasta y desaparecería a la primera oportunidad?

Podemos volver a ser felices, tú y yo, como cuando éramos pequeñas. Es curioso, nunca piensas en la suerte que tienes hasta que te lo quitan todo: primero la muerte de mamá, luego tener que quedarnos con el asqueroso tío Cyril mientras papá estaba en la cárcel, encerradas en su ático como esclavas... Pero todo eso se acabó. Dejaremos atrás el pasado, Clara.

Es el momento de ponerse manos a la obra. Hay otras dos mujeres en el pueblo que saldrán de cuentas en las mismas fechas que la señora Winthrop. La mustia señora Dawkins, la de la granja, está en el cuarto mes, así que será sencillo. Menos fácil será la maestra mojigata, Hattie Lovell, que tiene al marido en el mar. Hattie es muy amiga de esa exasperante enfermera, la señora Tilling, que ha hecho el curso de matrona y se cree con derecho a meter sus narices en mi negocio de los partos. Siempre que voy a visitar a Hattie, me la encuentro allí, actuando como una matrona de primera, diciendo que va a ser la comadrona en el parto. No lo entiende. En este pueblo solo hay sitio para una partera.

Te volveré a escribir después de mi encuentro con el brigadier. ¿Quién hubiera dicho que un caballero de clase tan alta podría caer tan bajo? Lo pienso desplumar como nunca antes lo hayan hecho. Esta vez no te defraudaré, Clara. Tendrás el dinero que te debo, te lo juro.

Edwina